

Mariano Cabelero

Discurso inaugural del
Instituto científico vallisoletano

Valladolid, 1845

G-F 15328

D6
A

+ 167120

DISCURSO

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

INSTITUTO CIENTIFICO

VALLISOLETANO,

celebrada en el dia 5 de Enero de 1845,

pronunció el Protector del mismo

Don Mariano Caballero.



VALLADOLID:

IMPRENTA DE DON MANUEL APARICIO;

—
1845.

Señores:

Los primeros momentos del establecimiento de un INSTITUTO CIENTÍFICO pueden decidir indefinidamente de sus progresos, prosperidad y gloria, y de las fundadas esperanzas que hace concebir. Esta idea analíticamente desenvuelta, al mismo tiempo que presenta la sublimidad del pensamiento, la grandeza del proyecto, y la seguridad de los beneficios y ventajas que habrán de ser su resultado, determina la delicada solicitud con que han de designarse las bases de su constitucion y egercicio. Si como es notorio á cuantos se dedican al estudio de las ciencias, un Instituto de esta clase tiene por objeto difundir en la sociedad la instruccion por la perfeccion del estudio, y excitar la emulacion por la discusion, tambien debe serlo que si ha de concebirse esperanza de feliz éxito, exigen mucha meditacion las reglas y método que deben dirigirle en su marcha. Asi como el Arquitecto que presentase el proyecto de un edificio magnífico destinado á servir de modelo para la perfeccion del estudio de la Arquitectura, si en su egecucion incurriera en los mismos defectos, cuya deformidad queria hacer conocer y evitar, sería mi-

rado con desprecio tan pronto como fuese severamente juzgado, así también nuestro pensamiento se desacreditará, nuestro objeto será ilusorio, nuestra esperanza perdida, y nuestra empresa calificada justamente de ligera y temeraria, si no nos decidimos á ser exactos observadores de las leyes que nos hemos prescripto, y de las que regulan el nunca bien ponderado arte de la conferencia y discusión para la averiguación de la verdad. Rectitud en los principios, sencillez en los razonamientos, nobleza en las disputas, docilidad á la convicción; y en una palabra, sincero deseo de la investigación de la verdad son las dotes de una conferencia razonada y leal para dilucidar las cuestiones y problemas en los ramos del saber y perfeccionarse en las ciencias. Marchando por esta senda puede asegurarse el punto á donde se ha de llegar, y no será equivocado el vaticinio que se haga de las incalculables ventajas del establecimiento: se reconocerá desde luego la perfección que adquirirá el estudio de las ciencias: la juventud estudiosa aprenderá los medios que deben conducirla para que su aplicación produzca rápidos y saludables efectos: conocerá las preocupaciones y errores que la detienen en su carrera: distinguirá la pedantería del raciocinio exacto y amena erudición, y su emulación se excitará de un modo ininteligible en el obrar, pero milagroso en su resultado.

Debiendo ser el objeto de un Instituto Científico establecido en una Ciudad de Provincia entre otros dar extensión á los conocimientos de la juventud en

los ramos del saber entregados al estudio privado del amator de las ciencias, ó ya olvidados por razones que no es del caso indicar, ó abandonados á prácticas rutinarias y preocupaciones envejecidas, considero muy digno y muy conforme al pensamiento y proyecto que hemos concebido, que en el que establecemos se proporcione á la juventud esta enseñanza por Profesores que, excitados del mas sincero y acendrado amor pátrio, se dediquen á comunicar sus luces y saber por razonadas y filosóficas lecciones, y no creo pueda motejarse que por este mismo medio se perfeccione el estudio de la parte sublime de las ciencias estudiadas en otros establecimientos. Las constituciones que hemos establecido como base y piedra angular del edificio que fabricamos, manifiestan claramente que el pensamiento reúne, no solo la idea de perfeccionar nuestros conocimientos por el método de lecciones filosóficas y explicacion de los nuevos descubrimientos en las ciencias, sino tambien el proyecto de excitarnos al trabajo y emulacion, desterrar las preocupaciones y pedantería, y acostumbrarnos á la investigacion de la verdad por el nunca bien elogiado arte de la discusion y conferencia. Acaso algun severo censor hallará motivo para criticar nuestro pensamiento, porque crea preferible el estudio aislado y profundo de la ciencia á que cada uno se dedique, y acaso suponga en nuestro establecimiento ocasion para incurrir en el defecto achacado á la actual época de contentarse con estudios superficiales. Mas esta objecion no deberá juzgarse oportuna si se examina

con sano criterio la división de Secciones que el Reglamento establece, y si se pone atención en que siendo imposible al hombre ser profundo en las ciencias y las letras no debe perjudicarlo, antes le es necesario tener conocimientos, aunque ligeros, en otros ramos del saber.

La división de Secciones, repito, tiene el objeto de que en cada una de ellas se estudie profundamente y prepare la materia del problema que se presente á la discusión pública, y los conocimientos auxiliares de las demas ciencias y las letras amenizarán el campo de la misma por los medios ingeniosos, que en tales casos emplea el talento bien cultivado. Este punto de la designación de las Secciones ha sido materia de oportunas observaciones presentadas en nuestras juntas preparatorias, y la idea de la estension del trabajo ha sido preferida al rigorismo de los principios exactos de la división en las ciencias; pues así como en la Sección de las naturales se consideró justo reunir las Matemáticas á la Física, Química, Historia natural y Mineralogía, Botánica, Anatomía y Zoología, Medicina y Cirugía y Economía rural; así tambien parece conforme que en la de Ciencias morales, partiéndose del análisis de las sensaciones y de las ideas se comprendiese entre aquellas la Social y Legislativa, Economía política, Historia y Geografía. Mas sin embargo, la Sociedad ha separado en dos Secciones diversas estas ciencias, dejando reservada á la Sección de literatura la Gramática, Idiomas, Elocuencia, Poesía, Antigüedades y Monumentos.

He aquí el vasto campo en que se propone nuestro Instituto escoger los problemas y cuestiones mas delicadas y útiles que han de servir en los certámenes y sesiones públicas de objeto de discusiones científicas; é igualmente del que se han elegido las ciencias, sobre cuya esplicacion filosófica se establecen Cátedras para aquellos jóvenes que, instruidos en los principios de las mismas, deseen perfeccionar los conocimientos adquiridos, aclarar las dudas que el método escolástico haya podido hacer nacer y enterarse de los nuevos y útiles descubrimientos hechos en las mismas. Lo primero exige meditacion y profundo estudio de la ciencia á que corresponda el problema, si su discusion ha de tener por norte la investigacion de la verdad; y lo segundo no se conseguirá con lecciones superficiales, ni llenará el objeto del Instituto sin esplanar los principios, analizar su aplicacion, y completar la instruccion con las observaciones mas ciertas ya modernas ya antiguas.

Mas fijando especialmente nuestra atencion en el primero y principal objeto del Instituto de contribuir al adelantamiento de las ciencias por medio de los certámenes literarios, siguiendo el egeemplo de aquellas naciones que, lejos de sujetarlas á una clase de personas, dejaban á todos la libertad de cultivarlas, descendamos á indicar la utilidad de este método, que destierra la ignorancia, la obscuridad y misterio, la altivez y desidia, eternos enemigos de la verdadera sabiduría. La discusion pública en certámenes científicos y literarios es, á mi entender,

el egercicio mas natural y mas fructífero de nuestro espíritu; ninguna accion de nuestra vida es de un uso mas dulce y beneficioso para noşotros mismos. Por esta razon „si fuese obligado á escoger, decia el »célebre Montagne en sus ensayos, consentiría antes »perder la vista que la facultad de oir y hablar.” Los Atenienses y aun los Romanos honraron este egercicio en sus Academias, Liceos y Ateneos. Los Italia-nos establecieron iguales Sociedades despues de la restauracion de las letras, y á la Academia denomi-nada de la Crusca en el siglo XVI, siguieron otras en las ciudades donde se cultivaban las ciencias y las le-tras. Nuestra España se honra con algunas como las demas potencias de Europa, y todas han producido hombres célebres y eminentes en los diversos ramos del saber. ¿Y podrá desconocerse que los beneficios que se han seguido á las ciencias y las letras en estos establecimientos, á la prosperidad y gloria de los paises en que se han cultivado de este modo, y á la civilizacion general han sido debidos á que por me-dio de la discusion se han entendido entre sí los sábios y literatos, y comunicado mútuamente sus pen-samientos, descubrimientos y observaciones? La so-ciedad de los sábios es general, y no está circuns-crita á éste ó el otro país: las ciencias tienen un idio-ma comun: la naturaleza y las sensaciones obran del mismo modo en los sentidos de todos; y las ideas de lo justo é injusto son generalmente desen-vueltas en nuestra alma de un modo uniforme, sir-viendo de base á las investigaciones y aplicaciones en las ciencias.

El estudio aislado en los libros es lánguido y débil; instruye el entendimiento, mas no inspira el entusiasmo: la discusion enseña al mismo tiempo que conmueve la imaginacion. Cuando se disputa con un talento entendido y enérgico, sus ataques hacen reunir el pensamiento y la imaginacion para contrarrestarlos. La emulacion, el amor propio y la gloria se combinan para reconcentrar las fuerzas intelectuales y hacen brillar la oposicion y defensa tal vez á mayor distancia de lo que uno mismo podia esperar de sus facultades. La ignorancia y la debilidad se comunican por contagio, asi como la ciencia y energía se introducen y penetran en nuestro espíritu, cual el fluido eléctrico en las fibras de nuestro cuerpo. Las oposiciones del raciocinio no ofenden ni alteran sino que animan y enardecen, enseñan y conmueven. La causa de la verdad debe ser la causa comun de los contendentes.

Teniendo por objeto este principio, es innegable que la discusion en certámenes públicos ha de perfeccionar nuestros conocimientos científicos de un modo tan imperceptible y desconocido como fructífero, si le comparamos con el producido por el áspero trabajo del estudio solitario; mas para alcanzar este objeto es preciso evitar en la discusion el defecto de presentar las contradicciones como preceptos, porque todos huimos de la correccion, y nos ofendemos de la superioridad inoportuna. Nuestras observaciones deben estar adornadas del atractivo de la conferencia amistosa, desechándose en la misma el tono de regencia dominante, y debién-

dose excitar la atencion y no la cólera. En ella no es propio del hombre entendido hacer ostentacion exagerada de su talento y desconocer que tan importuna es la necedad, como el desdeñoso desprecio del contrario; y que el que se obstina en sostener opiniones vulgares y preocupaciones envejecidas, tal vez por evitar el vicio de la supersticion, incurre en el de la terquedad, y dá motivo á que en lugar de presentarle la mano en señal de amistosa conformidad de opinion, se le muestren las garras para despedazarle en mordaz censura y sangrienta sátira. Es muy gloriosa para el sábio la victoria que gana sobre sí mismo cuando en el ardor del combate cede á la fuerza de la razon de su contrario, y acaso no dudaré asegurar debe envanecerse mas de ello que del triunfo ganado sobre el mismo por su debilidad.

Esta observacion me conduce á advertir la cordialidad con que deben admitirse y recibirse en la discusion los argumentos, objeciones y reflexiones por débiles que sean cuando van dirigidas directamente al nucleo y fondo de la cuestion, y la destemplada impaciencia que producen las que se hacen sin oportunidad al objeto. Aquella destreza hace agradable toda contestacion por larga que sea cuando el debate es conducido con órden. Este es sin duda el que dispuesto diestramente en los razonamientos, conservado con delicadeza en el estilo, y guardado severamente en las expresiones y acciones debe conducir á la averiguacion de la verdad. Sin él, la fuerza y sutileza de las reflexiones mas profundas

pierde toda su eficacia, porque el desórden en el raciocinio introduce la confusion, causa impaciencia y hace separarse del objeto de la discusion. Turbada y desarreglada ésta, el tema desaparece, la cuestion se oculta y la verdad se aleja. A incidentes que se miran con despique é indiscreccion, sucede el método testarudo, malicioso é imperioso de batirse, y del que es forzoso avergonzarse despues. En este estado el juicio se rebela primeramente contra las razones, despues contra las personas; aprendemos á disputar por solo la vanidad de contradecir, y el fruto de la discusion es alejar la verdad, porque despues de una hora de tempestad nadie sabe lo que busca, usa el arma vedada de la injuria, y aun excita una cuestion de esta clase para deshacerse de un talento que le estrecha y confunde, y al que debia haber cedido por consecuencia de sus justos raciocinios, estilo oportuno y entendido y expresiones decorosas y delicadas. Por esta razon he supuesto que para conducir á su objeto con arte y destreza la discusion en los certámenes literarios, debe ser dote de los contententes el uso de razonamientos fundados en principios rectos, esplanados con la sencillez que corresponde á la investigacion de la verdad, presentados con nobleza, delicadeza y honor, teniendo por norte la docilidad á la conviccion, y el principio que he sentado de que la causa de la verdad debe ser la causa comun de todos.

Si no olvidamos, como es de esperar, este principio en nuestras sesiones y certámenes y en los problemas y cuestiones que en ellos se discutan, los vín-

culos que nos unen en esta Sociedad serán tan estrechos cual los de una amistosa fraternidad. Difundiremos por todas partes medios de estímulo y muestras de simpatía hácia las clases de la Sociedad en que vivimos. Las daremos lecciones para que destierren de sus ánimos preocupaciones que les hacen formar juicios equivocados en los fenómenos de la naturaleza, les escitaremos por medio de los preceptos morales á contener el tumulto de sus pasiones, hallar consuelo en sus padecimientos y esperar un término dichoso; é igualmente les haremos conocer los estrechos lazos de la Sociedad civil, los deberes y derechos de sus individuos, y la dulzura del imperio de la ley para el que se presta obediente y sumiso á sus preceptos. Ultimamente, auxiliados del poder de la elocuencia y de la poesía, conmoveremos su ánimo para que reciba estas lecciones de un modo imperceptible en la accion, al mismo tiempo que milagroso en el efecto; y en una palabra, contribuiremos á la civilizacion general, objeto sacrosanto de las ciencias y las letras, dejando legados á nuestra posteridad con este establecimiento los sinceros deseos que nos animan de su feliz porvenir.

